

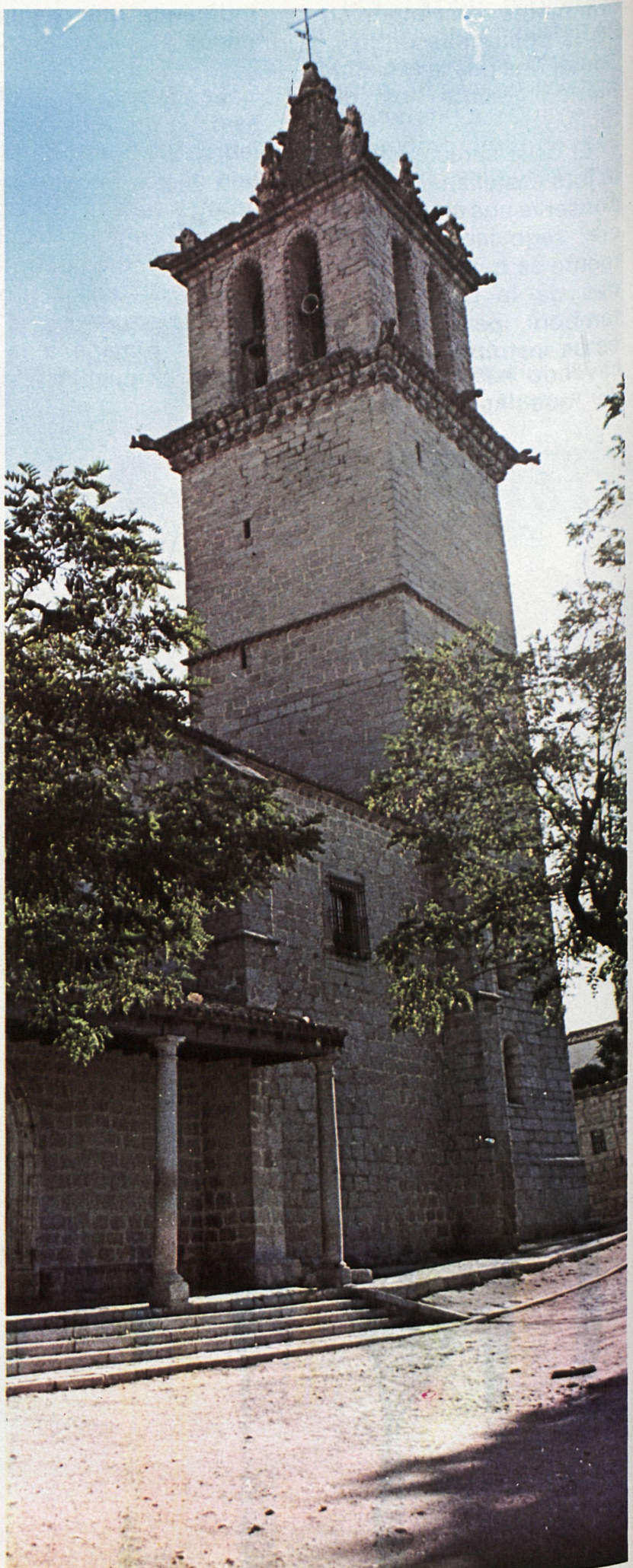
*Iglesia parroquial de la
Asunción de Nuestra Señora*

piedra han pasado las más renombradas figuras del toreo, y sus corridas feriales son, junto con las de Alcalá de Henares, las más notorias de la provincia de Madrid.

En tierras colmenareñas pastaron los primitivos toros ibéricos, descendientes del uro salvaje. Su casta se fue seleccionando a través de los tiempos, lo que trajo como consecuencia la raza brava actual. Los carpetanos —comunidades celtibéricas que habitaban esta zona de la Península— se encontraron con que el toro era uno de los animales más comunes dentro de su demarcación. No tiene nada de particular, por tanto, que fueran los antecesores de los actuales colmenareños quienes, llevados por la necesidad de cazar al toro para alimentarse con su carne y abrigarse con sus pieles, se dieran cuenta que podía burlársele fácilmente quebrando su acometida. Y puede que así surgiera el primer torero anónimo de la historia.

**Federico
SANCHEZ
AGUILAR**

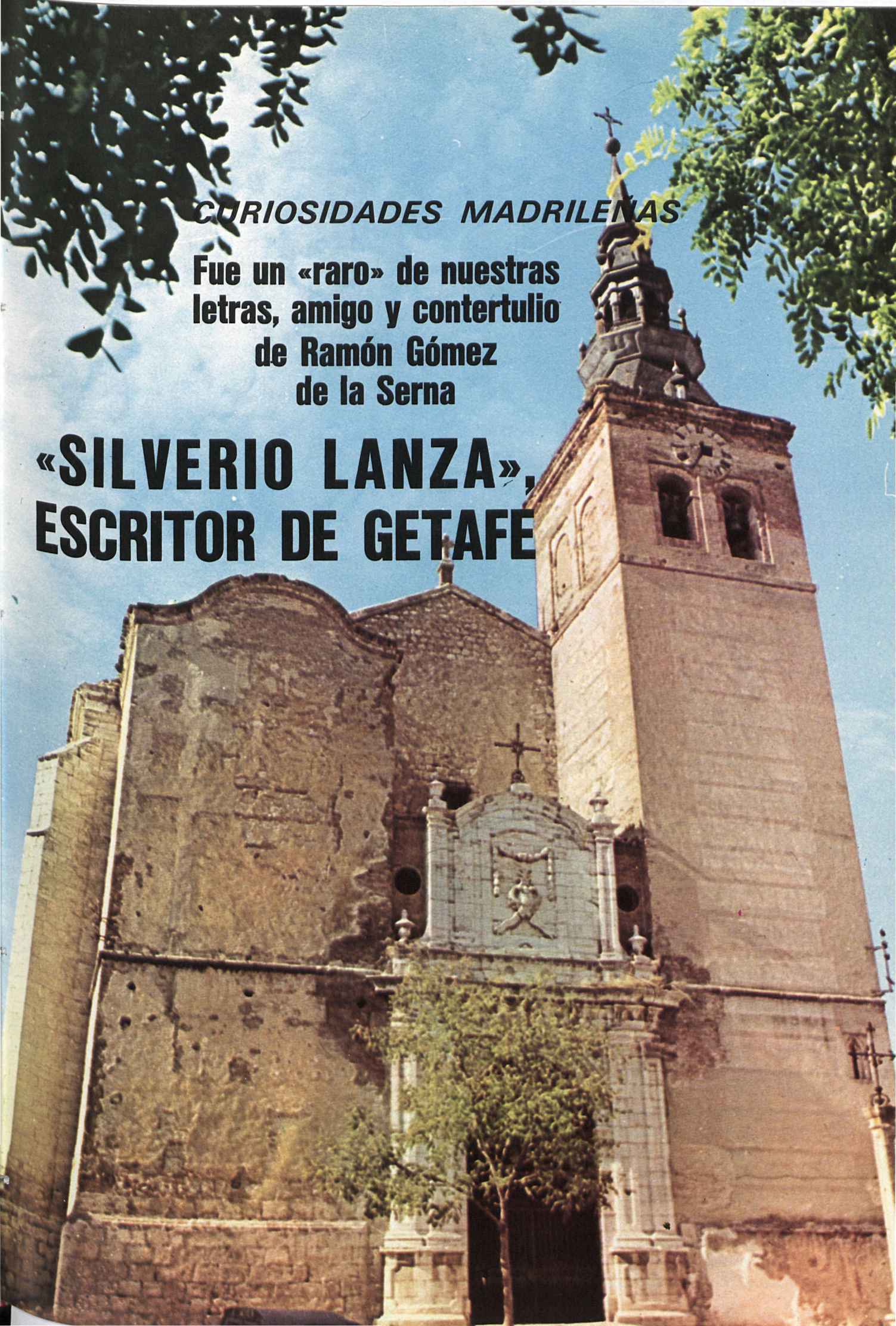
Plaza del Generalísimo



CURIOSIDADES MADRILEÑAS

**Fue un «raro» de nuestras
letras, amigo y contertulio
de Ramón Gómez
de la Serna**

**«SILVERIO LANZA»,
ESCRITOR DE GETAFE**





veinte años. Y con el número uno además.

(Andando los años su gran amigo del alma compañera, Ramón Gómez de la Serna, dirá de él que es «ante todo y sobre todo un marino». Pero en aquel tiempo ya un marino anclado en la tierra firme de Getafe, entonces tan «lejos de los Madriles» aunque mucho más de la mar.)

Navegando en la fragata *Victoria*, sintiendo ya los claros escozores de su verdadera vocación, «Silverio Lanza», o por entonces todavía Juan Bautista

C

URIOSO y raro escritor aquel Juan Bautista Amorós que pasó a la memoria literaria —sólo o poco

más que para estudiosos— no con su verdadero nombre, sino con su seudónimo de «Silverio Lanza».

Nacido en Madrid, a finales de 1856, su vocación despertó pronto, quizá sin que él mismo se diera cuenta, por lo que su rebeldía a disciplinas y estudios fue tomada como tante esquinado, como difícil y extraña conformación, renegando sus mayores de aquella cruz que decían que les había caído en forma de muchachito dado a vagabundeos y ensoñaciones, a anárquicas lecturas y a costumbre extrañas reñidas con el rígido reloj familiar.

Como en su familia había nobles antecedentes de la mar, marinos ilustres de los que siempre hablaba la parentela, el futuro «Silverio Lanza» fue señalado para hacer carrera en la Marina. Y así, después de estudiar en un colegio de la Ribera de Curtidores, el alevín de escritor, que de momento no hacía más que soñar, y ensayar rebeldías que causaban los espantos de su madre, ingresó en la Escuela Naval a la edad de



Amorós, se entera de la muerte de su madre y, como si el golpe marcarse en él un decisivo cambio de rumbo, abandona la mar, retorna a Madrid y decide ser escritor.

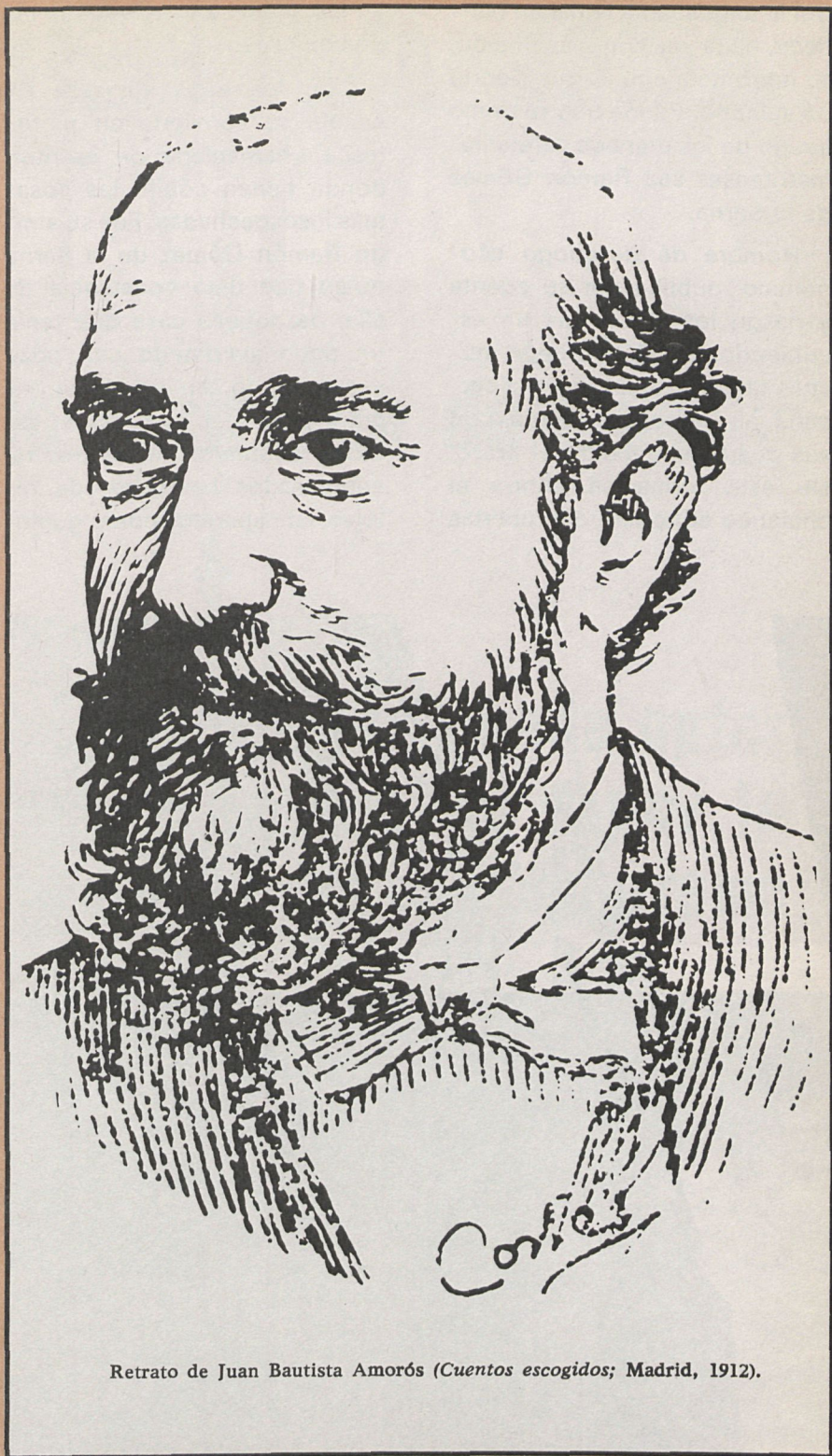
Getafe, para sus soledades, está cada vez más cerca. Y puede que su seudónimo ya haya tomado cuerpo en la firma de algún escrito. De allí a poco el pueblo madrileño y su conciencia de escritor van a estar íntimamente unidos. No puede ser de otra manera. Es el destino quien lo señala.

Porque este Juan Bautista Amorós, que muy pronto va a dejar de serlo, velando sus armas de inminente escritor solitario es un hombre profundamente humilde, un ser que no deviene a su oficio por un irrefrenable afán de notoriedad, como tantas veces desgraciadamente ocurre. El será escritor sencillamente porque le gusta, porque cree poder hacer algo en ese menester en el que en este momento van confluyendo una serie de jóvenes que sienten el «mal de España» y que, andando los años, serán reunidos, para entendernos en los tratados literarios, en la que se ha dado en llamar «Generación del Noventa y Ocho».

Juan Bautista Amorós, que acaba de casarse y que vive en una casa familiar de la madrileña calle de San Roque, cree llegado el momento de saltar a la palestra. Pero para su sencillez, para su humildad de hombre solitario y sin afán de glorias fáciles, Madrid, aquel Madrid de su época, no es el más adecuado para la creación. Y entonces piensa en el retiro. En un retiro cercano.

Y surge Getafe. Y nace su extraño y hasta casi pintoresco vecino, el escritor «Silverio Lanza».

«El modo de vivir de Madrid —habría de decir más tarde— no iba en manera alguna con



Retrato de Juan Bautista Amorós (*Cuentos escogidos*; Madrid, 1912).

mi manera de ser. Veía a la Corte como un órgano enfermo de mi patria». Tanta necesidad tiene de lejanía, de relativa lejanía, que el escritor, poco más que en agraz, no pierde demasiado tiempo en buscar casa. Descienden del tren y, en las primeras de cambio, alquila el que sería su retiro en la calle de Olivares, entonces poco más o menos la primera casa del pue-

blo, según se venía de la estación.

En silencio, como un monje, escribe «Silverio Lanza» durante muchas horas al día. De vez en vez se asoma a la ventana para contemplar el color y la luz de la villa, entonces mínima, arracimada y polvorienta. No se cansa de soledad, pero a veces es menester visitar Madrid. Los cafés y las tertulias de la Puerta del

Sol le angustian y le hacen ben-
decir, cada vez con más unción,
su retiro getafeño. Sigue siendo
un solitario. Puede que su único
amigo de los ateneos cafeteriles
matritenses sea Ramón Gómez
de la Serna.

Hombre de desahogo eco-
nómico, publica por su cuenta
y riesgo los libros que va es-
cribiendo. De Getafe llega mu-
chas tardes a una imprenta cer-
cana al Paseo del Prado con
sus cuartillas debajo del brazo.
De esta forma se ahorra el
chalaneo editorial y las puertas

en las narices de aquellos tiem-
pos difíciles.

Con los años su casa de
Getafe se convierte en pinto-
resca chamarilería de escritor,
donde tienen cobijo las cosas
más insospechadas. Fue su ami-
go Ramón Gómez de la Serna
quien nos dejó constancia de
ella, de aquella casa que tenía
un patio ajardinado con pozo
y emparrado, en donde el es-
critor solía leer, y de aquel es-
tudio recubierto de retratos de
antepasados barbudos, de re-
lojes, «de aparatos como guillo-

tinias o instrumentos para dar
garrote, aparatos como los que
sirven para tallar a los quintos y
una cama con colchón de flo-
res...» Allí, siempre según Ra-
món, «escribía fumando los ci-
garrillos puestos lejos de él, al
borde de su pupitre, a través de
una larga goma terminada por
una boquilla».

La obra de «Silverio Lanza»,
no menos de catorce libros, fue
escrita generalmente en Getafe,
en donde era un vecino más,
extraño y raro, de quien nadie
sabía exactamente a qué se
dedicaba. Al comenzar la se-
gunda década de nuestro si-
glo, el escritor que iba para
«raro» de nuestras letras espació
aún más sus visitas a Madrid.
Cuando se cansaba de escribir,
o de leer, salía de su casa y daba
largos paseos, las manos en-
trelazadas a la espalda, llegan-
do muchas veces a Leganés.
En ocasiones iban a verle Ra-
món y el periodista Roberto
Castrovido.

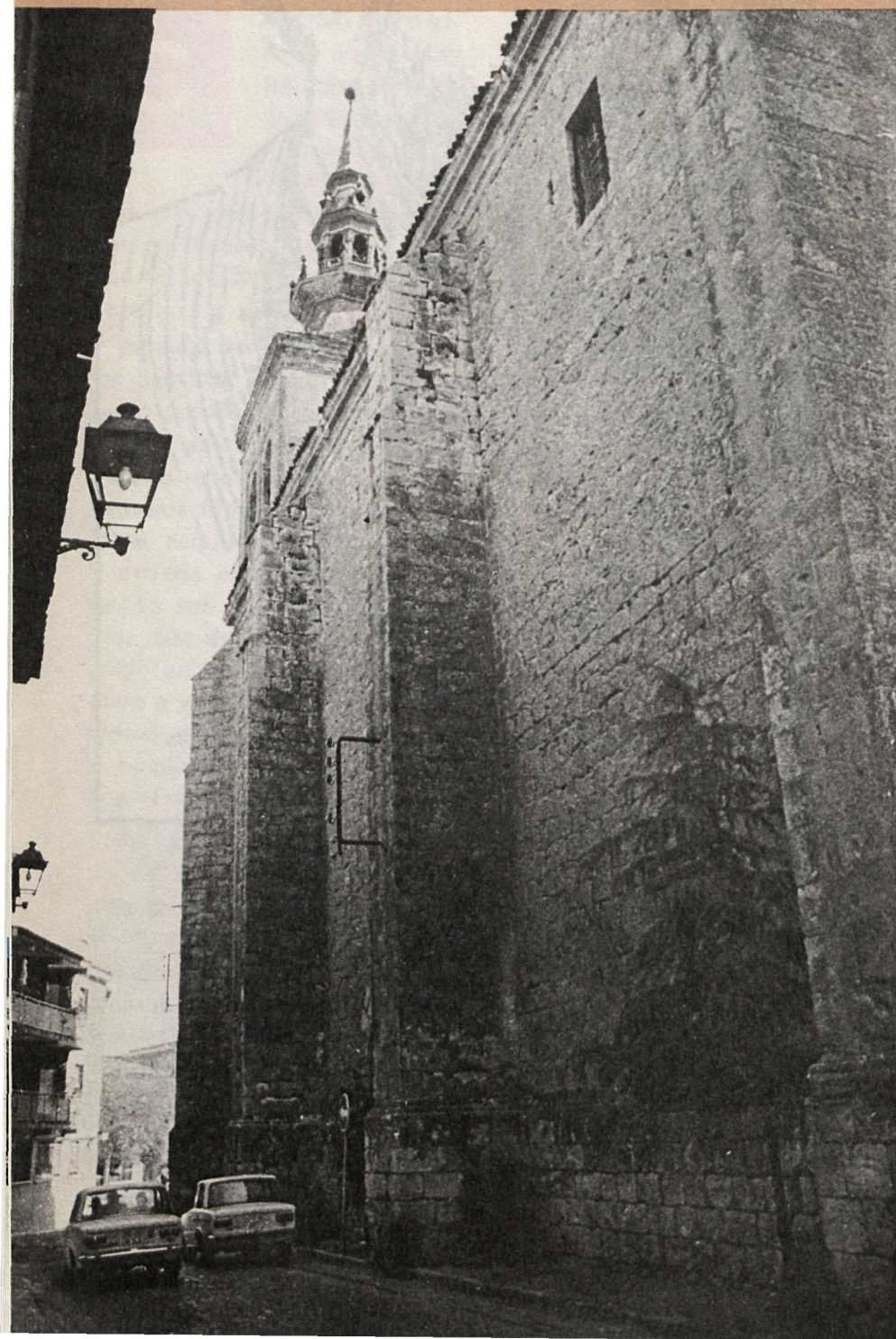
«Duermo seis horas —nos
cuenta él mismo—, dedico tres
al prójimo y al paladar, y las ca-
torce restantes las paso adqui-
riendo ideas ajenas, elaborando
las mías propias, y consignando
de éstas las que juzgo intere-
santes.»

Apartado, al margen de to-
do, «Silverio Lanza» fue fiel a
Getafe —«mi diario vivir»— has-
ta la misma muerte. Quiso abo-
nar con sus huesos la tierra que
le había sido propicia y, en
cierta manera, fecunda.

Murió, «con el corazón can-
sado», en el otoño de 1912.
Tenía entonces cincuenta y cin-
co años.

A su entierro —celebrado
«cuando Getafe amarillea bajo
los soles declinantes de octu-
bre»— acudieron sus fieles, Ra-
món de la Serna y Ramón Cas-
trovido.

Mariano TUDELA

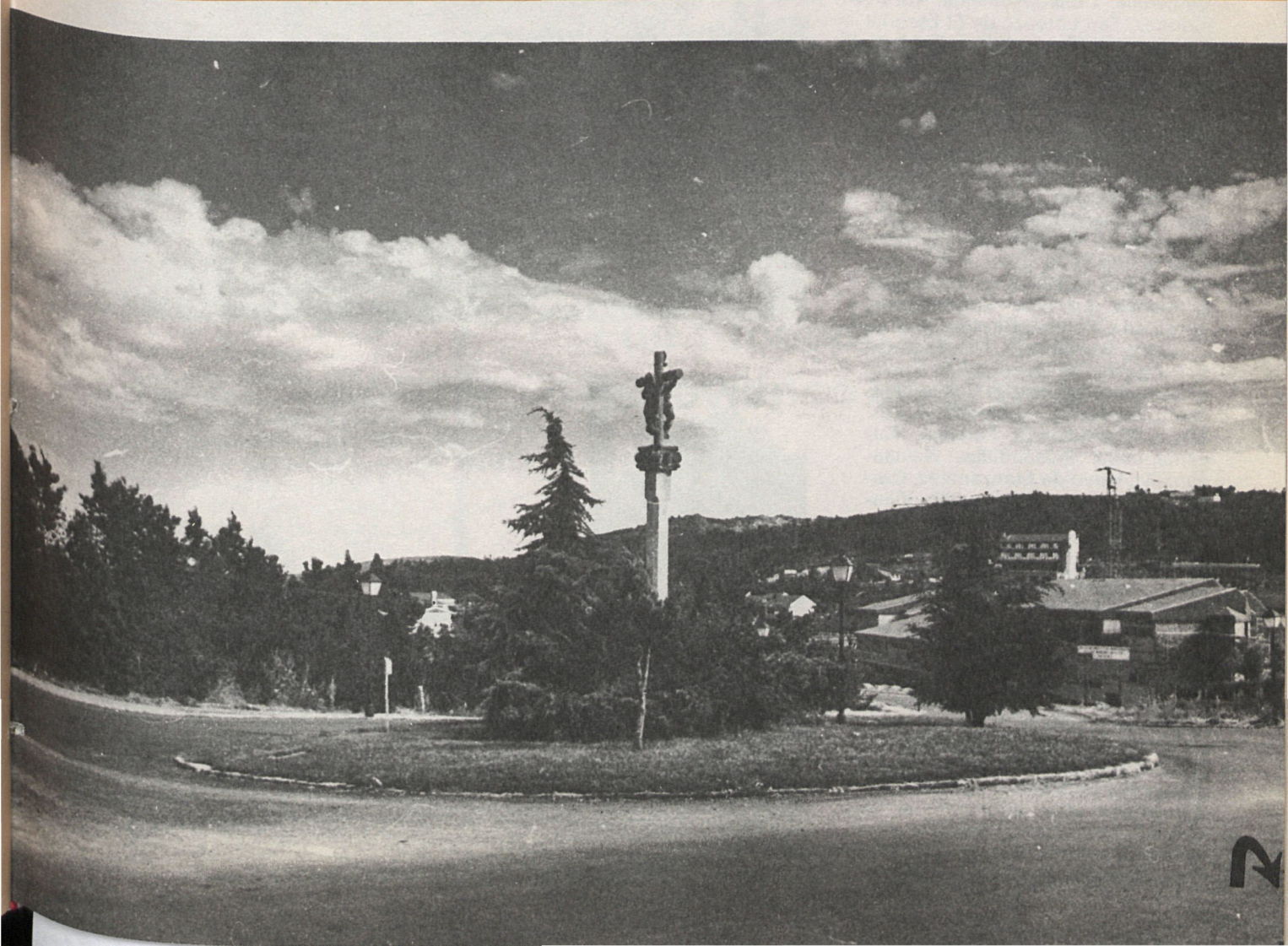


LA SIERRA DEL GUADARRAMA,

el más bello horizonte de Madrid



El veraneante que lo desee puede optar por la excursión deportiva o por la cultural: de todo encontrará en Guadarrama



LA SIERRA, COMO MADRID, TIENE SEIS LETRAS

M

E gusta hablar de la sierra, en estas páginas de «Cisneros» Y lo hago con el mismo gozo que todos los días, al levantarme, contem-

plo los perfiles azules de Guadarrama, el viejo amigo del poeta Machado, el valle de Villalba, la carretera que sube hasta Navacerrada, el verde clamoroso de las arboledas, o el verdi-gris de los encinares del dominio de Fontenebro. Me gusta hablar de la sierra, como me gusta vivir en la sierra. Estoy empezando a amarla, como los poetas que la hacen canciones de buen amor.

Desde la Nacional I, a la Comarcal 501, la sierra de Madrid describe una amplia curva a lomos de la cordillera, en cuyas estribaciones están los pueblos. Donde comenzó la tradición veraniega de temporada, cuando unos cuantos señores bien, que podían, llegaban a Miraflores, a los Escoriales o a Guadarrama y Cercedilla, a pasar los tres meses en que en la Villa y Corte no se podía parar de calor, y llegaban hasta en diligencia. Y citaría muchos nombres, rogando, eso sí, no olvidarme ninguno: a ver si me salen todos de seguido.

Miraflores, Colmenar Viejo, Soto del Real, Manzanares, Navacerrada, Cercedilla, Collado-Villalba, Torreloz, San Lorenzo de El Escorial y El Escorial, Guadarrama, Robledo de Chavela, Galapagar, Cerceda, Morzarzal... Los mayores. Y aún hay otros muchos, escritos con letras pequeñitas en los mapas, pero que son importantes, que centralizan en estos meses un gran índice de habitabilidad. Y muchas ilusiones. Porque aunque algunos privilegiados se pueden permitir vivir todo el año en la sierra, otros están todo el año soñando con unos días, al menos, en ella. Navalafuente, Venturada, Pedrezuela, Guadalix de la Sierra, Bustarviejo, Valdemanco, San Agustín de Guadalix, El Boalo, Mataelpino, Becerril, El Collado Mediano, Alpedrete, Robledondo, Zarzalejo, Colmenarejo, Peralejo, Valdemqueda, Fresnedillas, Navalagamella, Hoyo de Manzanares, Quijorna, Villanueva del Pardillo, Villanueva de la Cañada, Brunete... Cada uno de los nombres de estos pueblos serranos, dicen mucho a la sensibilidad y al recuerdo de tantos madrileños.

* * *

La Sierra de Guadarrama es el más bello horizonte de Madrid. La cordillera corre a poco más de 50 kilómetros de la capital de la provincia y de la patria, y es como un majestuoso telón de fondo, en el que las montañas se levantan poderosas y eternas, con nieve en sus cumbres buena parte del año.

